

## CAPÍTULO XII

Admirable desposorio de Rosa con Jesucristo, siendo  
madrina la Reina soberana de los ángeles.

**N**OTICIAS tenía Rosa por las historias que había leído que la sagrada virgen Santa Catalina de Sena, viviendo en carne mortal, por un efecto singularísimo de la gracia divina, había recibido las arras de esposa de la misma mano de Cristo. Corría ella también por la misma senda, llevada del olor y fragancia del Esposo; mas como su humildad era tan profunda, no tenía alientos para aspirar ni pretender la dignidad soberana, ni el título glorioso de esposa de tan divino dueño. Contentábase con seguirle con el nombre de doncella que sirviese en su palacio. Con todo esto eran grandes los tesoros de virtudes que había granjeado su industria, ayudada de la gracia. Descollaban en Rosa la pureza virginal y el abismo de humildad, que son las disposiciones más próximas y más propias para conseguir el desposorio divino y que componen el dote debido á tal matrimonio. Y aun por esto, cuando Cristo se digna celebrar

con las almas más queridas y perfectas los divinos desposorios, preside la Emperatriz augustísima y Señora de los ángeles; porque ella es por excelencia Virgen singular, que goza del privilegio de pureza suma después de Dios, y su humildad es la más profunda que hay entre puras criaturas; no teniendo en estas dos virtudes, como ni en las demás, primera que la ventaja, ni segunda que perfectamente pueda seguirla, ni igual que pueda competir con ella.

De la humildad de Rosa dijimos ya algo en otro lugar. De la pureza debíamos tratar aquí extensamente antes de hablar de sus desposorios con el verdadero Esposo de las almas; pero nos contentaremos con lo más principal de esta virtud. Todos los confesores de la santa, que llegaron hasta once, seis de la Orden de Predicadores, y cinco de la Compañía de Jesús, en el examen jurado, contenido en el proceso, rectificaron conformes, como si hablaran por una boca, que el candor virginal de Rosa resplandeció siempre con tal pureza, que no se le advirtió ni aun culpa venial que pudiese mancillar jamás el cristal de su entereza; y que nunca se atrevió ningún pensamiento feo á acometer su firmeza en el largo espacio de su vida. ¿Qué mucho que á Rosa de tanta fragancia no haya podido tocar nunca el escarabajo inmundo, el vil y asqueroso animal de la lujuria?

De aquí el que donde tan rara honestidad, virginidad tan pura, consagrada á Cristo con voto especial desde los primeros cinco años de su infancia, fueran dote apropiado para el futuro matrimonio con el Esposo Nazareno. Rosa, empero, cuanto amaba con más veras y ternura la azucena cercada de espinas, tanto más bajamente sentía de sí. Por lo cual fué necesario que usase Dios de prodigios, con que muy de antemano la fuese preparando para el misterio, y alentando el ánimo para el consentimiento. El primero de los que se saben fué el que sigue. Cuando aquella mariposa listada de dos colores, negro y blanco, de la que habla-

mos arriba, volando desde lo alto, hizo asiento sobre Rosa, advirtieron los presentes que iba trepando por el lado izquierdo de la virgen con movimientos varios é inciertos, hasta ponerse sobre el mismo corazón. Allí la veían detenerse más tiempo y con más cuidado; y que al modo de una aveja, ocupada en fabricar su panal, giraba y revoloteaba al rededor del mismo. Al poco tiempo voló y desapareció; viéndose dibujado en el mismo instante sobre el vestido de Rosa un corazón muy perfecto retocado de colores. Esto vieron y observaron las doncellas que estaban haciendo labor con Rosa dentro de la misma pieza, aunque estaban ignorantes del misterio que indicaba aquel corazón dibujado sobre el corazón de Rosa. Ella sola era la que sentía, aunque entonces entre obscuridades, la voz lejana del Esposo que la decía: «Dame tu corazón.» Conjeturaba con fundamento que la mariposa con la librea de varios colores no sólo la incitaba á que vistiese el hábito, conforme en el color al de Santa Catalina de Sena, sino que la señalaba con la divisa del corazón, lo que en otro tiempo sucedió á la virgen de Sena, cuando cambió su corazón con el de Jesucristo. Con todo esto, eran estas señas más remotas de lo que era necesario para que concibiese Rosa esperanzas firmes de llegar á la gloria de tan alto y tan dichoso tálamo. Eran, sin embargo, preludios felices del desposorio; si bien estaban algo distantes, como después se advirtió.

Más claro y más manifiesto fué el prodigio que se sigue. Después de tomado el hábito de la Tercera Orden, una noche en la suspensión del sueño, se le mostró un mancebo vestido con riqueza de adornos, de hermosas facciones y de esbelta figura. El corazón que no se engaña, y más con luces del cielo, le decía ser cortesano del empíreo el que miraba entre sueños, ó el mismo Señor de los cielos y de la tierra, Cristo nuestro bien, que es el más hermoso y agraciado entre los hijos de los hombres. El traje, sin embargo, desdecía del que le llevaba; porque se presentaba en forma de maes-

tro de cantería en actitud de dirigir á los que cortan los mármoles y jaspes y les pulimentan y labran. Y á la verdad era Cristo, que venía disfrazado á festejar á la virgen, como amante, pretendiendo ser su Esposo. Rosa, á quien ni por sueños había pasado jamás el más leve pensamiento de admitir plática que se refiriese á matrimonio, sentía muy dentro de sí que si éste se realizaba no pudiera sucederle mayor dicha en toda su vida, aunque ella fuese muy larga. Era esta una simpatía oculta de la gracia que la enseñaba á querer los misterios que no alcanzaba; así que arrebatada por inclinación secreta, la casta tórtola dió luego el sí al concierto matrimonial que el mancebo la ofrecía; y dándose la palabra de ambas partes, el Esposo celestial, lleno de gracia y de gala, se despidió de la virgen, diciendo que era forzoso partirse al punto, por no poder excusar una jornada precisa en que había de detenerse; dejando á su nueva esposa encargado eiertto número de mármoles para que los cortase, los labrase y dispudiese, mientras que después de algún tiempo volvía á su presencia para vivir con ella. Y porque es muy propio de los casados dejar el padre y la madre para que estén las dos almas unidas en una carne, avisó el Esposo á su querida esposa Rosa que de allí adelante dejase á su cargo el cuidado de alimentar á sus padres, que él por otros medios les daría las asistencias necesarias para el sustento. Vió después que de repente volvía el Esposo de su jornada, y Rosa, que con alguna pereza no había dado fin á la obra de cantería que le estaba encomendada, llena de empacho y vergüenza procuraba disculparse, dándole muchas excusas, diciendo que el embarazo de las necesidades de sus padres no la habían dado lugar, que estaba ruda en el arte y poco experta en oficio tan extraño á las manos femeniles, sólo acostumbradas á la rueca y al hilar y manejar la almohadilla. Sonriéndose entonces el Esposo: «No creas, dijo, querida mía, que eres tú sola entre las mujeres á quien he ocupado en este ás-

pero ejercicio.» Y sin detenerse más, abriendo de repente las puertas de una anchurosa pieza, mostró á Rosa una oficina espaciosa en que se labraban piedras; donde sólo trabajaban hermosísimas doncellas, muy empeñadas y diligentes en desbistar varios mármoles. Ocupaban sus delicadas manos, en lugar de la aguja y el huso, la escoda, el martillo, el pico, el escoplo y el buril. En vez de algodón y lino, labraban piedras y cantos. En cortar, en igualar, en ajustar con la plomada, estaban ocupadas con atención y fatiga. Cavaban montañas, serraban mármoles, pulían jaspes, alisaban piedras, y para que las herramientas pudiesen vencer la dureza de los mármoles, ablandábanlos ellas con repetidas lluvias de lágrimas. Lo que más llamaba la atención de Rosa era ver que entre tantos montones de piedras vastas, entre el polvo y el sudor, el vestido de las vírgenes no era común ni plebeyo, como lo pedían la ocupación y el oficio. Era rico, muy de gala, y muy de fiesta, como le suelen vestir en las bodas ó el teatro; muy ajeno de aquella oficina, dondè todo es afanar, sudar y rozar vestidos. Admirábase la virgen de ver las otras tan metidas en oficio tan ageno de doncellas. Significaba esto que la virtud heroica se emplea en lo más dificultoso. Veía con admiración que los mármoles que tocaban por tarea á cada una de las trabajadoras, estaban ya labrados, acabados, y puestos aparte, sin que les faltase nada para quedar muy perfectos. Finalmente, volviéndose á mirar Rosa muy acaso, vióse vestida de gala, con el mismo primor y aliño que admiraba en las otras vírgenes. Y la que hasta allí solo estaba vestida del hábito dominico, se halló de repente con ricas ropas, sembradas de oro y de perlas; entendiendo que era esto darle la investidura de oficiala de los mármoles, para que trabajase como las otras. Cuántos y cuán grandes fueron los misterios que en sola esta visión se descubrieron á Rosa, después se indicarán más por menudo; ahora solo intentamos explicar el admirable suceso del dichoso

desposorio que celebró nuestra virgen con el Esposo celestial, disfrazado con aquel traje de maestro de cantería.

Después de tantos preámbulos sólo faltaba por último que se declarase el Esposo y que convidase á Rosa á la gloria de su tálamo, no en sueños ni velando, sino sin disfraz y sin rebozo. Sucedió esto, como se ve en el caso siguiente. Llegó el día del Domingo de Ramos, en que después de haberlos bendecido el Preste con sus ministros, es uso que los sacristanes los repartan á dos coros, mientras se prepara la procesión. En el interin estaba esperando Rosa con las demás beatas la diesen su palma, y estaba de rodillas en la capilla del Rosario. Pero ya fuese yerro ó descuido del sacristán, que andaba de prisa, ó disposición singular del cielo, que es más creible, al fin se quedó la virgen sin palma, fuera de lo acostumbrado; porque en los años antecedentes nunca le había sucedido siendo Tercera. Confusa con esta novedad la virgen, como suele acontecer á las conciencias tiernas y delicadas, temió no fuese la causa de quedarse sin la palma alguna culpa que la hiciese indigna de ir con ramo en aquella procesión. No por eso dejó de asistir á ella como las otras beatas; pero iba triste y vergonzosa; y en acabando fuese derecha otra vez á la capilla del Rosario, que era el puerto de sus penas y asilo de sus desgracias. Postrada allí á los pies de la Virgen Madre, derramó su corazón, que salía por los ojos en copiosas fuentes de lágrimas; allí se acusaba á sí misma, juzgando que había perdido la palma bendita, ó por haber puesto demasiado deseo, ó por ser demasíadamente floja y remisa en pedirla. Después, clavando los ojos en la santísima imagen, viendo su rostro más sereno que solía, y más propicio y risueño, reparando también que parece la alhagaba dulcemente con apacible semblante, volvió luego sobre sí y se tranquilizó, dando por bien empleado cuanto le había sucedido. No trocara ya su suerte con las que habían llevado palma en aquella procesión. Y así dijo

á la Emperatriz del cielo: «No quiera Dios, Reina mía, que yo reciba la palma de mano de los mortales. Tú, Señora, tú que eres la palma que se exalta y se remonta en Cades, tú me has de dar de tu mano ramos que no se marchiten; con eso quedaré ufana, rica, próspera y feliz.» Al decir estas palabras, enfervorizándose y casi fuera de sí, vió que la Reina celestial con cara afable y rostro alegre se volvía al Hijo que tenía en sus brazos y desde allí la miraba con más suavidad y benevolencia, dando indicios manifiestos de la buena suerte que le esperaba. Rosa entonces, rebotando el corazón con gozo tan crecido, como no esperado de su humildad encogida, puso los ojos en el Dios Niño y vió que también la miraba con agrado y con cariño. Suspensa entre los dos rostros tan cariñosos y tan dulces, no sabía Rosa qué hacer; fijaba la vista, bien en la cara del Hijo; bien en la de la Madre; como aveja solícita que salta de una flor á otra, para extraer la miel dulcísima de los consuelos inefables que aquel espectáculo la proporcionaba. Otras muchas veces, como diremos después, había favorecido esta sagrada imagen á la virgen dejándose ver con la afabilidad y la dulzura, pintadas en su rostro, estando Rosa en oración; pero nunca con tanto afecto ni tanta familiaridad, ni tan a las claras, ni con tantas demostraciones de cariño como en esta ocasión. Fué esta dicha de tanto peso, que allá en el fondo del alma sentía Rosa que no estaba muy lejos el antiguo enamorado; aquel que en traje de labrar piedras la había aparecido en sueños. Afectos eran estos tan subidos, que no tiene términos ni palabras la elocuencia ruda de los mortales para explicarlos.

¿Mas para qué nos detenemos, sin decir de una vez la dicha inefable de nuestra virgen? El divino infante Jesús, abrasado en amores, sin poder disimularlos, habló finalmente y le dijo estas palabras llenas de favor y ternura: «Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa.» Estas voces penetraron el corazón de la

virgen; y herida el alma con las saetas y dardos del amor, sin poderse tener en pie, cayó de improviso desmayada; y tras una breve lucha de afectos de amor y de temor, de temblor y de alegría, se undió en el abismo de su nada. Luego, como nadadora diestra, subió sobre sí misma en alas de la alegría que la comunicaban favores tan altos; no sabía qué decir, conociendo mercedes tan milagrosas, ni se la ocurrieron palabras más adecuadas que las que pronunció la humildísima Madre del Redentor al ser escogida para tal dignidad: «*Ecce ancilla Domini*, dijo. Aquí tenéis, Señor, vuestra sierva, aquí tenéis una esclava dispuesta siempre á servirlos. ¡Oh Rey de Majestad eterna! tuya soy, confieso que soy tuya y seré tuya eternamente.» Más quisiera decir la virgen; pero como estaba embriagada con el vino de favores tan inapreciables, no supo hacer otra cosa que repetir las mismas palabras. El tierno infante, por su parte, parece que también balbuceaba, y que no podía expresarse sino con palabras entrecortadas. Aquí se conoció claramente que no erró cualquiera que fuese el primero que pintó al amor desnudo y niño.

Tampoco pudo contenerse sin hablar en esta ocasión feliz la que fué interlocutora en las bodas de Caná, y más siendo ella la que hizo el oficio de mediadora, la que alentó á Rosa y le animó á recibir tan excesivo favor, la que intercedió con su Hijo como madrina, y así la dijo: «Mira, atiende, oh Rosa, la merced crecida que mi Hijo ha sido servido de hacerte.» Epitalamio fué este, ó cántico nupcial, que entonó la celestial Madre, tomándole, no de la boca de David, sino de su mismo Hijo. Trabajada Rosa con tantos golpes de gozos inexplicables, experimentó en sí tan gran gusto y gran sabor, que anduvo muy acertado el que dijo: «Aunque sea fuego el amor, no es leve el peso que hace.» Abrasábase en el horno de su amor, faltábale ya el aliento, se alegraba del olvido de la palma, gozando en vez de aquel ramo, la azucena de los valles, tan her-

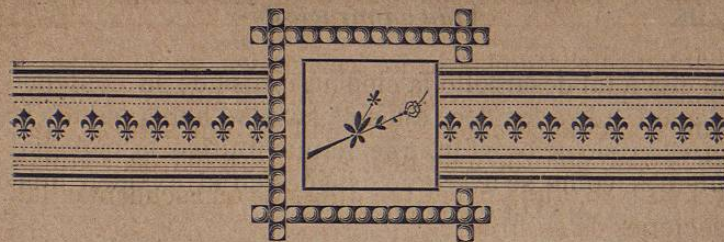
mosa, tan preciosa, que robaba toda el alma. Finalmente, era de grandísimo gusto para la virgen ver que en un mismo lugar y un mismo día había perdido palma y rosa; porque después de este espiritual matrimonio, perdida por Dios, no era suya.

Siguiéronse luego dones abundantísimos, dádivas dignas de un Esposo Dios, con que la enriqueció y la colmó toda el alma. Y como ella confesó, cuando se sujetó al examen de su vida, del tesoro de las gracias más escondidas que Dios reserva, descendieron á su espíritu increíbles incendios de amor seráfico con riquezas inestimables de varios dones y espirituales carismas. Con estos caudales tan crecidos enriquecía Dios el alma de su Esposa, la adornaba, la ilustraba; haciéndola comprender cuánto puede el amor de tan noble Esposo, si se empeña y se declara. Lo cierto es que estas arras soberanas, estas joyas y estos dones son tan inefables, que no pueden ser comprendidos por inteligencia humana, ni explicados por lengua de criatura alguna. De aquí procedió el que preguntada acerca de esto muy en particular por uno de sus examinadores para que lo declarase, no atreviéndose á negar, sólo se pudo excusar la virgen con decir que era inexplicable.

Y para que la memoria de tan alto beneficio no se apartase jamás de ella, apenas volvió á casa Rosa comenzó luego á tratar consigo de hacer un anillo que ajustase al dedo del corazón y fuese testigo público que siempre testificase la dicha del desposorio y fuese despertador del feliz estado que gozaba con su Dios. A este fin llamó aparte á su hermano Fernando. Le explicó brevemente su deseo, aunque le ocultó el misterio. El, por darla gusto delineó con un compás en un papel la forma del anillo, el tamaño y la medida, describió la figura y el lugar donde se había de esculpir el Niño Jesús, en vez de esmeralda ó de diamante. Sólo faltaba el mote con que había de esmaltarse la sortija por la parte de fuera. Aquí Rosa, suspensa,

puestos los ojos en su hermano, esperaba su elección para no errar en la empresa. El, advirtiendo el cuidado de su hermana, con desahogo, sin detención, ni embarazo, como si hubiera sido testigo llamado á los desposorios, escribió estas palabrrs: «Rosa de mi corazón, yo te admito por esposa»; que fueron las mismas que había dicho á la virgen el Niño Jesús en los brazos de su Madre. Enmudeció entonces Rosa, quedó fuera de sí llena de pasmo y de asombro, viendo que su hermano, sin deliberación propia, movido de impulso soberano, había dado con el mote, que era el blanco y punto propio del misterio, y que había escrito al pie de la letra aquello que había dictado el Esposo. Sabía que ni su hermano, ni otro alguno de los mortales podía tener noticia de este secreto, y que así era dictamen de instinto superior. Por lo cual alborozado el espíritu con júbilo y placer, absorta por prodigio tan dulce, adoraba con ternura y reverente silencio la omnipotencia poderosa de su Esposo, que la entretenía y favorecía tan gustosamente. Después de esto el día de Jueves Santo llevó su anillo á la iglesia, más apreciado ya y más querido, por lo que le había sucedido; y á costa de muchos ruegos alcanzó del sacristán que le pusiese en el arca, donde aquel día se encierra el Santísimo Sacramento. Quería que la estimada prenda de su amor estuviese todo aquel tiempo sepultada con su dulce dueño y Esposo, para volverla á cobrar cuando le celebrasen resucitado; á quien protestaba con ansias y finezas que no se daba por libre de la ley del matrimonio, aunque la Iglesia se le representase muerto. Con aquellas piadosas demostraciones testificaba que su alma estaba acompañándole con lazos indisolubles de amor por medio de aquel anillo, haciendo común á entrambos el desmayo de la muerte. Finalmente, amaneciendo el feliz día de Pascua, volvió Rosa á recibir su anillo, más sagrado ya, más agradable, por haber estado tres días sepultado con Cristo. Delante de la imagen sagrada de la Virgen del Rosario, donde se

habían celebrado las bodas celestiales, se le volvió á poner en el dedo del corazón; y no sin nuevo prodigio; porque fué la ceremonia tan oculta y tan secreta, que se le pasó por alto á su madre, que estaba de rodillas y á su lado, aunque era tan diligente en escudriñar las acciones de su hija.



### CAPÍTULO XIII

Rosa con el ejercicio continuo de la oración consigue admirable unión con Dios.

**S**I EL que se acerca á Dios se hace con él un espíritu, como enseñó San Pablo á los corintios, nos será lícito conjeturar el sublime grado de unión que tuvo Rosa con Dios. Continuamente estaba en su presencia, sin atender á otra cosa; tratándole con familiaridad por medio de la oración. Aun siendo niña, la unción interior del divino Espíritu la había enseñado á orar, infundiéndola tal fervor, que muchas veces ni aun el sueño de la noche pudo distraerla para pensar en otros objetos. De aquí que la oyeran muchas noches cuando estaba durmiendo repetir puntualmente el número de oraciones y devociones que había rezado cuando estaba despierta. Crecía en ella con la edad la oración, con la estatura del cuerpo la elevación del alma, y el ejercicio de los años pueriles era frecuentar seriamente la meditación. Por lo que con tan súbitos y tempranos aumentos llegó